

Congar Yves

“LA CRISE DANS L’EGLISE ET MGR. LEFEBVRE” Ed. du cerf, Paris, 1976

El padre dominico francés Yves Congar ha publicado en setiembre último en París un libro de unas noventa páginas de texto más algunos anexos, intitulado “La Crisis en la Iglesia y Monseñor Lefebvre”. Es un título prometedor, porque anuncia el propósito de abordar el problema de Monseñor Lefebvre en el contexto amplio y profundo de la crisis que atraviesa la Iglesia. Muchas personas se hacen hoy preguntas, a veces angustiadas, sobre lo que pasa en la Iglesia y la significación que tiene la actitud del prelado francés en la conflictiva coyuntura actual.

Vamos a ofrecer en las próximas líneas un dilatado resumen de la obra del Padre Congar, presentando previamente al autor y formulando algunas apreciaciones sobre el libro. Pensamos ir más allá de un simple comentario de la obra, permaneciendo sin embargo en contacto con su espíritu. Expondremos así en momento oportuno algunos desarrollos sobre el tema de la tradición, que es central en el

conflicto planteado. Al final, ofreceremos también diversos datos sobre varios acontecimientos posteriores a la publicación del libro. Estos complementos están destinados a proporcionar a nuestros lectores nuevas informaciones que les serán útiles para formular su juicio sobre el conflicto.

1/ Breves datos sobre el autor. El padre Congar es uno de los teólogos católicos más lúcidos de nuestra época. Se ha dedicado especialmente a problemas de eclesiología y en particular a los suscitados por las varias rupturas de la unidad cristiana en tiempos pasados y por el deseo vehemente de tantos cristianos de hoy de trabajar por el restablecimiento de dicha unidad en algún momento del futuro.

En 1937 publica su primera obra fundamental “Chrétiens desunis. Principes d’un oecuménisme catholique” (Cristianos desunidos. Principios de un ecumenismo católico). Sostiene en el libro la necesidad de una renovación in-

terior de la Iglesia Católica, para hacerla capaz de asimilar los valores espirituales que están presentes en las confesiones cristianas separadas de ella. Estos valores, que están como "exilados" de ella, deben ser asimilados y unirse en su seno maternal con las riquezas que ella conserva. Así podrá aparecer la Iglesia Católica ante los ojos de los demás cristianos, no como una confesión particular y un sistema semejante a otros muchos, sino como la plenitud de la vida cristiana.

166

Es difícil imaginar hoy, a la luz de la obra de los dos últimos Papas y del Concilio Vaticano II, la novedad que tenían hace cuarenta años estas ideas y el temor que suscitaron en muchos espíritus. El padre Congar tuvo que atravesar largos períodos de incompreensión en los que se sospechaba de su fidelidad a la Iglesia y se obstaculizaba su labor teológica. El padre continuó trabajando en silencio, guardando siempre una profunda adhesión a la Iglesia. En momentos favorables pudo publicar otras dos obras mayores: Verdadera y falsa reforma en la Iglesia, en 1950, y Jalones para una teología del laicado, en 1953, así como muchos otros trabajos menores que han sido recopilados en parte en varios volúmenes.

El pontificado de Juan XXIII y

su anuncio de un Concilio para reformar la Iglesia y trabajar por la unidad cristiana trajeron una corriente de aire fresco que llevó a corregir muchos errores. La situación del padre Congar cambió; fue nombrado primero miembro de la Comisión Teológica para la preparación del Concilio y más adelante, experto del Concilio, nombramientos que constituyen quizá la más alta prueba de confianza que un teólogo pueda recibir de la Iglesia.

El autor posee, pues, una alta y reconocida competencia y ha sabido ser fiel a la Iglesia en momentos dolorosos para él. Veamos lo que escribe sobre el conflicto de Monseñor Lefebvre.

2/ El padre Congar dedica la primera parte de su libro a describir la actitud de Monseñor Lefebvre y sus implicaciones.

¿De qué se trata? La causa del conflicto no es principalmente el uso del latín en la misa, ni la sotana de los clérigos, ni el régimen del Seminario de Ecône fundado por el prelado francés. Lo que está implicado es la aceptación del Concilio Vaticano II, de sus 16 documentos, suscritos por el conjunto del Episcopado Católico, aprobados y promulgados por el Sumo Pontífice, y también de las reformas, en particular litúrgicas, inspi-

radas por el Concilio. Esta aceptación es necesaria para vivir plenamente en la comunión de la Iglesia *el día de hoy*.

Monseñor Lefebvre declara al respecto categóricamente: "Nos adherimos con toda nuestra alma a la Roma Católica . . . pero rechazamos la Roma neomodernista y neoprottestante que se ha manifestado en el Concilio Vaticano II y a las reformas que han salido de él . . . Esta reforma proveniente del liberalismo, del modernismo, está íntegramente envenenada . . . La única actitud de fidelidad a la Iglesia . . . es su rechazo categórico".

Monseñor Lefebvre rechaza el Concilio, pero declara su adhesión "a Roma", "a la Roma eterna". Se dirige al Papa Pablo VI afirmando su "profunda sumisión al sucesor de Pedro", pero se niega a formular el acto de sumisión que le pide el Santo Padre: la explicación de esta actitud paradójica es que distingue en los hechos del Papa lo que procede de Pedro de lo que, a su juicio, viene del liberalismo y del modernismo aborrecidos por él. (1)

En varias ocasiones Monseñor Lefebvre ha precisado qué rechaza él, así como las causas de tal actitud: cita en especial tres temas del Concilio, en los cuales ve una aplicación de los principios

de la Revolución Francesa, libertad, igualdad y fraternidad. Con respecto a la Declaración conciliar sobre la libertad religiosa dice: La libertad religiosa corresponde al término "libertad" de la Revolución de 1789: es un término análogo del que se sirve con agrado el dominio. Con relación a la colegialidad episcopal: La colegialidad es la destrucción de la autoridad personal; la democracia es la destrucción de la autoridad de Dios, de la autoridad del Papa, de los Obispos: colegialidad corresponde a la "igualdad" de la Revolución. En referencia al Decreto sobre el ecumenismo y a la Declaración sobre las religiones no cristianas: presten atención y verán que esto corresponde a la "fraternidad": se ha llamado hermanos a los herejes y hermanos separados a los protestantes. (2)

3/ El Concilio Vaticano II no es perfecto, sostiene el padre Congar en respuesta a las críticas del prelado francés, pero más que cualquier otro Concilio Ecuménico de la historia, tiene todas las garantías de autenticidad. Más que ningún otro ha reunido a la Iglesia entera en la persona de sus pastores. Ha prestado mayor atención que el Vaticano I a su minoría, que esta vez era conservadora. Al tesón de la minoría se debe en parte la calidad de los trabajos y el equi-

libro de los textos presentados por la Comisión Teológica. El Papa se ha preocupado especialmente de que las inquietudes de la minoría sean escuchadas y de que la votación final se acerque en lo posible a la unanimidad.

Pondremos como ejemplo de los argumentos que apoyan la tesis de Monseñor Lefebvre su defensa del misal promulgado en 1570 por el Papa Pío V: el "rito de siempre", dice el prelado al referirse a él. Hay en esta defensa un desconocimiento de los fundamentos históricos de la Misa. Se confunde la Eucaristía instituida por Cristo, que es ciertamente inmutable, con los múltiples ritos con que se ha celebrado el sacrificio eucarístico según los lugares y los tiempos. Con la misma autoridad con que San Pío V promulgó, por encargo del Concilio de Trento, un nuevo misal que modificaba los anteriores, el Papa Pablo VI, siguiendo a su vez el encargo del Vaticano II, ha publicado otro misal.

En el segundo capítulo de su libro intitulado "Apreciación del Concilio", el padre Congar muestra que la colegialidad no es extinción de la autoridad, como asevera Monseñor Lefebvre, ni el ecumenismo es traición a la verdad y que tampoco la Declaración sobre la libertad religiosa

abre la puerta al indiferentismo. Tenemos que limitarnos a esta indicación somera de los temas tratados en el acápite en referencia.

4/ Un punto decisivo de la controversia es la noción de "tradición", como anota el autor del libro: Monseñor Lefebvre no cesa de invocarla. "La Iglesia es esencialmente una tradición viva" ha dicho hermosamente el prelado en un texto aparecido el 4 de agosto último en el diario parisiense "Figaro".

¿Qué significado tiene este término en el seno de la Iglesia? El padre Congar ha publicado varios volúmenes sobre la tradición y se limita, en el párrafo que comentamos, a señalar las debilidades de la concepción que de ella tiene el prelado. Más adelante, afirmará el Padre: "la Tradición no es el pasado, no son antiguos hábitos mantenidos por espíritu de cuerpo. Es actualidad, a la vez transmisión, recepción y creatividad. Es la presencia de un principio en todos los momentos de su desarrollo. La Iglesia innueva sin cesar, por la gracia del Espíritu Santo y por la presencia constante de la savia que viene de sus raíces".

Quisiéramos detenernos en esta materia, que es central desde

muchos puntos de vista, y darle un desarrollo algo mayor del que recibe en el opúsculo que comentamos. Guardaremos ciertamente fidelidad al padre Congar, porque nos inspiraremos en las mismas fuentes que él: el Concilio Vaticano II y algunos grandes teólogos del siglo XIX cuyos nombres daremos a su tiempo.

En la Constitución *Dei Verbum* sobre la Divina Revelación, el Concilio dedica los párrafos 8 a 10 a la noción que estudiamos. Si bien la enseñanza de los apóstoles contiene todo lo necesario para que el pueblo de Dios viva santamente y aumente su fe, declara el Concilio, la Iglesia va creciendo en la comprensión de las palabras transmitidas, tanto por la contemplación y estudio de los creyentes . . . como por el anuncio de la doctrina que hace el magisterio. Por esta Tradición, la Iglesia va conociendo más a fondo la Sagrada Escritura y la hace incesantemente operativa.

La Tradición, comentamos nosotros, no es un principio estático que fije definitivamente determinados usos. Es un principio dinámico que desarrolla la doctrina y la conducta de la Iglesia. Un desarrollo legítimo se caracteriza a la vez por la fidelidad a los orígenes y por la adaptación a las nuevas circunstancias de la

vida: es la tarea que ha querido realizar en nuestro siglo el Concilio Vaticano II.

Este sentido dinámico de la tradición fue formulado explícitamente por algunos teólogos del siglo pasado que estudiaron profundamente el pensamiento de los Padres de la Iglesia Antigua. Debemos nombrar en particular a Juan Adán Moehler, teólogo católico alemán, profesor en las Universidades de Tubinga y de München entre 1820 y 1837, y a Juan Enrique Newman, célebre teólogo y predicador anglicano de la Universidad de Oxford, que se convirtió a la Iglesia Católica en 1845 y fue nombrado Cardenal por el Papa León XIII en 1879. Ambos fueron grandes conocedores de los Padres de la Iglesia. Nos limitaremos a señalar que Newman en su época anglicana pensaba que la Iglesia de Inglaterra había sido fiel a las normas del desarrollo de la Iglesia Antigua, mientras que la Iglesia Católica había sido infiel a ellas. Para probar su tesis, estudió con profundidad esta materia en los Padres de la Iglesia y llegó a la conclusión de que era la Iglesia Católica la que había permanecido fiel a la conducta de la Iglesia Antigua: tal conclusión lo llevó a adherirse a nuestra Iglesia. Ambos teólogos han formulado explícitamente una doctrina

na de la Tradición que era vivida implícitamente por la Iglesia desde sus orígenes. Al consagrar con su autoridad esta doctrina, el Concilio se ha apoyado, pues, sobre bases muy sólidas.

Estas reflexiones nos permiten percibir el error de base que comete Monseñor Lefebvre al rechazar las reformas llevadas a cabo por el Vaticano II: se apoya en un concepto estático de la Tradición.

5/ Regresando al texto del padre Congar, debemos analizar el tercer capítulo de su opúsculo, que trata de la crisis presente.

170

Hoy hay crisis en la Iglesia. Ha abierto ésta sus puertas y ventanas y el aire fresco ha penetrado en ella. Se ha perdido la imagen bastante ficticia de una Iglesia monolítica que posee respuestas para todas las cuestiones. En realidad, la crisis proviene en la Iglesia del impacto producido por un fantástico cambio de civilización. No se busca hoy la explicación de las cosas en las regiones altas, en el cielo, sino abajo, en las cosas mismas y en el hombre y muchas veces se ha encontrado la respuesta en este nivel. La Iglesia no puede por cierto aceptar que el hombre sea la medida del hombre, ni que se rechace racionalmente toda intervención trascendente: ha debido librar en consecuencia un

“duro combate por Dios” (la fórmula es de Daniel-Rops). Atacada, a veces hasta en su existencia física, por formidables asaltos, la Iglesia se ha cerrado como una fortaleza sitiada, clausurando las ventanas y llevando los puentes, para entregarse a una poderosa restauración de sus fuerzas internas y a una excepcional expansión misionera.

Pero no se ha cerrado sólo al antropocentrismo antiteísta, sino también a problemas reales, a auténticas conquistas del espíritu. Cuando se han levantado las compuertas, el agua ha entrado como una tromba.

No puede negarse que haya exageraciones y peligros en el movimiento actual de la Iglesia, pero la crítica tampoco debe caer en la exageración. Hay por cierto tendencias a reducir la dimensión trascendente a dimensiones terrenales, al hombre a su existencia histórica. Pero esta desviación, si es que existe, no viene de una traición, sino de una voluntad de llevar a la vida las exigencias evangélicas de amor y de servicio del hombre: “yo tuve hambre, estuve desnudo, etc.” (San Mateo 25-21-46). Los cristianos han hecho hoy el descubrimiento de las exigencias efectivas y prácticas del Evangelio. Pero este descubrimiento plantea problemas: una parte del pueblo de Dios,

fieles y sacerdotes, no concibe su cristianismo sin militancia sindical y política, orientada prácticamente hacia la izquierda. Pero otra parte del mismo pueblo de Dios rechaza esta orientación.

¿Qué hacer en estas circunstancias? ¿Cómo preservar la unidad de la Iglesia? Se imponen por lo menos dos condiciones: a) Que la Iglesia sea la Iglesia; nada más, pero verdadera y plenamente; b) Que en el pueblo de Dios, las condiciones del pluralismo político sean plenamente respetadas: hay por ejemplo quejas contra cierto monopolio ejercido por movimientos "de opción marxista".

6/ El último capítulo del libro, intitulado "hacia una solución", desarrolla los dos puntos que acabamos de indicar.

a/ Que la Iglesia sea la Iglesia. La Iglesia es ante todo la fe vivida, confesada, celebrada litúrgicamente. La fe es inseparablemente una actitud de apertura radical a Dios y un *credo*, es decir, un contenido formulado en un símbolo. Dos cualidades deben coexistir en ella: pureza y plenitud. La pureza se conserva por un retorno constante a los orígenes normativos. La plenitud exige una fidelidad lúcida al desarrollo auténtico en la vida de la Iglesia en el espacio y el tiempo. Es aquí

que se sitúa la Tradición. El Vaticano II ha expresado la fidelidad de la Iglesia en este momento de su historia.

Se pide, pues, mayor rigor en la catequesis, en la predicación, en la enseñanza con relación a las normas de la fe de la Iglesia. En el día de hoy, en que el principio de convicción personal es mejor percibido, todos los fieles deben sentirse responsables de sí mismos y de sus hermanos. La pureza de la fe debe acoger en su propio seno la búsqueda de la plenitud y de nuevos caminos, la apertura a recursos culturales inéditos y al diálogo ecuménico.

La Iglesia es el amor que el Espíritu de Dios pone en nuestros corazones, un amor que va al encuentro de la reconciliación y la unidad, amor activo, inventivo y profundo que asume las aflicciones de los hombres, insertándolas, por la plegaria y la intercesión, en la ternura divina.

b/ Es indispensable, por otra parte, evitar el espíritu sectario. Tal hace estragos en Francia (y en muchas otras partes), tomando la forma de un sólido maniqueísmo. Como se sabe, este término designa una herejía que aseveraba la existencia de dos principios en el origen de las cosas, uno bueno y otro malo: de un lado están los buenos y todo es bueno en ellos, del otro,

los malos y en ellos todo es malo.

Los últimos párrafos del libro los dedica el padre Congar a Monseñor Lefebvre mismo y a sus adeptos. El mundo tiene necesidad de algo más que nuestras querellas intestinas. ¡Hermanos, trabajemos juntos! El rigor mismo de las exigencias de ustedes puede ser beneficioso para todos, así como la tenaz minoría en el Concilio obligó a precisar muchos textos. Ustedes pueden desempeñar un papel análogo en la iglesia reconciliada. Con la condición, ciertamente, de no aportar ninguna aspereza ni agresividad ni una intransigencia ininteligente.

172

El lugar de ustedes está en la iglesia, con nosotros, con nuestro Papa Pablo VI. No se hagan una imagen adulterada de la iglesia fiel al Vaticano II. Ella es siempre la iglesia de la fe, del amor, de la misión. Ustedes le harán falta. Ella les hará falta a ustedes.

7/ Con esta noble invocación termina el breve libro. Monseñor Lefebvre ha continuado avanzando en el camino que puede llevarlo al cisma. No sabemos a qué término llegará. Cualquiera que sea el desenlace, la paciente, delicada y firme actitud del Papa Pablo VI, las generosas y equilibradas reflexiones del padre

Congar, purifican y estimulan las energías de tantas gentes que, dentro y fuera de la iglesia, observan con angustia la ruta del prelado francés.

8/ Nota adicional sobre el estado del conflicto a principios de julio. Como es del dominio público, la situación se ha agravado singularmente en los últimos meses. Evocaremos en esquema algunos hechos: ocupación violenta de una iglesia parroquial en París por partidarios de Monseñor Lefebvre: se expulsó al párroco y a sus fieles, recibiendo la aprobación de dicho prelado; ordenación de 24 sacerdotes por Monseñor Lefebvre el 29 de junio, a pesar de la prohibición expresa del Santo Padre. Finalmente, parece ser noticia segura que dicho prelado ha anunciado un próximo viaje a nuestros países latinoamericanos, con el propósito de hacer proselitismo en favor de su movimiento.

Por otra parte, la iglesia ha puesto bien en claro que el núcleo del conflicto no es una disensión en torno del uso del latín en la misa. El Cardenal Marty, Arzobispo de París, ha dirigido el 22 de marzo a los párrocos de la arquidiócesis un documento en el que expresa su deseo de evitar una ruptura de hecho o de derecho con una parte del Pueblo de Dios que vive en París. Los cristianos "tradicionales" que



acepten reconocer la presencia del Espíritu en la Iglesia y permanezcan unidos a los obispos y al Papa Pablo VI, deben encontrar un lugar en la iglesia diocesana. Debe poderse celebrar la misa en latín, según el rito de Pablo VI, en una liturgia que responda a sus sentimientos religiosos. o es posible, por cierto, regresar a la situación anterior al Concilio, como desearían confusamente tales católicos, pero sí debe emplearse cierto discernimiento y escuchar las peticiones que no están en desacuerdo con el Concilio Vaticano II. No se puede, sin embargo, llegar a un compromiso en lo que se refiere al uso del misal de San Pío V, por haberse hecho de este libro un símbolo de oposición y de ruptura. Estas instrucciones han sido publicadas por el quincenario parisiense *La Documentation Catholique* el 1o. de mayo último (hacemos uso también de algunas expresiones del mismo arzobispo, tomadas de un sermón pronunciado el 13 de marzo en la Catedral de París y publicadas en dicho quincenario el 4 de abril). Da cuenta *La Documentation Catholique* de que en los domingos de abril se han celebrado misas en latín o con cantos en latín en unas 24 iglesias de París.

Al adoptar estas medidas, no se ha tratado de una concesión o de una dimisión en favor de cris-

tianos que abrigan sospechas con respecto a la autoridad de la iglesia, ha declarado el arzobispo en su predicación del 13 de marzo. Se trata de escuchar los anhelos de cristianos "tradicionalistas" que desean vivir en comunión de fe con la iglesia y aspiran a poder asistir a una misa semejante a la que ha alimentado su vida cristiana durante largos años.

En contra de lo que un análisis superficial de los hechos habría permitido esperar, estas medidas conciliatorias, que son susceptibles de extenderse a otras diócesis, no han modificado la actitud de Monseñor Lefebvre. Se confirma así el juicio del Padre Congar que hemos expuesto en el No. 2 de esta nota: lo que está en juego es la aceptación del Concilio Vaticano II y de la autoridad de la iglesia. En estos momentos, el cisma parece venir en forma irremediable. La actitud firme y generosa del Papa y de las autoridades religiosas que han intervenido en el conflicto, como también el ponderado pensamiento de teólogos como el Padre Congar, han permitido aclarar exactamente ante los ojos del público la naturaleza de los factores en juego.

Gerardo Alarco L.

NOTAS

- (1) Ver la Profesión de fe de Mons. Lefebvre del 21 de noviembre de 1974, publicada como anexo del libro del padre Congar. Una traducción castellana completa ha aparecido en Páginas para una acción solidaria, Lima, enero 1977, p. 16-18.
- (2) Extractos de conferencias de Mons. Lefebvre publicadas por él con el título "Un évêque parle" (Un Obispo habla).